

de Huitzilopochtli, sacrificado para dar origen a una ciudad sagrada, brota un nopal salvaje. En él se posa un águila, símbolo del sol y del mismo Huitzilopochtli, y también emblema del poder imperial. El árbol sagrado sirve como “puente” entre los tres niveles: el celeste, el terrestre y el inframundo, y es un símbolo parecido a la montaña, bejuco o escalera. También se toma como signo de conexión de las facultades humanas y los niveles de conciencia. Otros pueblos imaginan la estructura del universo igualmente compuesta de tres niveles: inferior, terrestre y superior, unidos entre sí por un eje central: árbol, montaña, escalera. El árbol del mundo está en el centro de la tierra, en su “ombbligo”.

El árbol representa el universo en su constante renovación, el manantial inagotable: fuente de vida y de energía, el recipiente de lo sagrado. Para Eliade el árbol es fecundidad, vitalidad y eternidad del mundo, lo perenne, como “muere” en otoño y “resucita” en primavera, no se acaba sino perdura. Está vinculado con las ideas de la realidad absoluta y la inmortalidad. También simboliza el destino, cuyas hojas son las vidas de los hombres, escritas y predestinadas en el mismo árbol cosmológico. Eliade habla del árbol de la cruz cuyas raíces, según la creencia de varios pueblos, están en el infierno y la copa en el plano celeste con Dios; el árbol abarca todo el mundo entre sus ramas y ese árbol es la cruz. La cruz es el soporte, es sostén del mundo.

En la tradición hindú, en los Upanishads, los libros sagrados, se describe un árbol invertido que representa al Ser Supremo. Sus raíces están en el cielo, y las hojas que son Vedas, los textos antiguos, están en la tierra como el don de Dios a los hombres. En la tradición oriental, la cruz se representa